

Juntas de Defensa, que le llevan a acabar presentando su dimisión en el Ejército.

«Una Patria: España. Un Caudillo: Franco», era el lema. La única doctrina política que había que acuñar era el caudillismo político. Millán Astray, que dirigía el servicio de Prensa y Propaganda, se hizo cargo del tema, empeñándose a fondo en el mismo. Ya muy menguado por las numerosas heridas y sus secuelas, no recibió ningún mando directo de tropas en la nueva campaña militar, aunque de forma casi inconsciente prestaría un importante servicio. «Dejándose llevar por su instinto —dice su biógrafo— y por el desarrollo de los acontecimientos facilitó que uno de los suyos, un africanista, uno de sus más íntimos amigos, Franco, alcanzase la jefatura absoluta de las dos Españas». «Aunque la labor de Millán Astray —añade— pueda parecer poco importante, los escasos tres meses en que dirige Prensa y Propaganda son unos momentos fundamentales, pues son los días en los que surgirá su decisión de convertirse en el principal constructor de la imagen pública de Franco, el mito del Caudillo. La radio y la prensa serán fundamentales en esta labor».

En el periodo de las entregueras las corrientes imperantes en la política estaban claras y centra-

das, especialmente en el bando nacional y sus amigos fascistas, en la figura de un solo hombre, llámese Caudillo, Führer o Duce. Las directrices y apoyos que venían desde Berlín en materia de propaganda, del ministerio que dirigía con extraordinaria eficacia Goebbels, junto a importantes partidas de material de guerra, instaban a seguir esa línea propagandística.

Según Togores, la naturaleza dictatorial y mesiánica de Mussolini y Hitler, de los sistemas políticos que encabezan, aliados de la España sublevada, son un perfecto modelo y referente para Millán Astray en su tarea de potenciar y exaltar la figura de Franco «No es fascista —especifica de su personaje—, ni falangista, aunque estas ideologías nuevas, por su carácter militarista, jerarquizado y autoritario, le hacen sentirse a gusto y cómodo».

Del famoso enfrentamiento del biografiado con Unamuno, el autor hace una recopilación exhaustiva de las opiniones de todos los que vivieron, o conocieron de primera mano, el acontecimiento, para concluir diciendo que «a partir de los finales de los años sesenta del siglo pasado es cuando se comienza a dar importancia al enfrentamiento de Unamuno con Millán Astray sometiéndole a una lectura de interpretación muy

distinta a la realidad de lo acontecido».

Togores finaliza su trabajo haciendo una respetuosa alusión a la traumática vida de pareja de su protagonista y a su paternidad tar-

día y fuera del matrimonio. Es la biografía de un personaje muy peculiar, que, sin duda, bascula entre el esperpento y el héroe.

Isabel de Armas



La tumba de Borges en Ginebra

América en los libros

Gabo y Fidel. El paisaje de una amistad. Ángel Esteban y Stéphanie Panichelli, Espasa, Madrid, 2004, 341 pp.

Este libro relata los entresijos, un tanto complejos y tortuosos, de la amistad, confesada públicamente por ambos, de dos hombres tan importantes como poderosos y carismáticos: Fidel Castro y Gabriel García Márquez. Uno y otro no ahorran adjetivos a la hora de definir y reafirmar su sólida amistad. Así Castro ha sostenido que le gustaría encarnarse en un escritor como García Márquez. A su vez éste, cuando Castro es atacado, no duda en defenderle, en considerarle un Mesías y responde que es un hombre muy tierno. Quizás una de las confesiones que más sorprende sea el hecho de que Castro sólo ha reconocido en público una amistad: la del colombiano. Es legendaria la soledad afectiva del Presidente cubano, mientras que en el caso de Gabo es todo lo contrario, incluso a pesar de que muchos amigos se hayan alejado de él debido a su enigmático y tozudo apoyo al gobierno castrista. Alejamiento que comenzó, como se sabe, a raíz del caso Padilla debido a la ambigüedad del Nobel en un caso que supuso la primera fisura en el

gobierno de Fidel con el consiguiente desencanto por parte de muchos intelectuales que habían apoyado la revolución. El escritor, lejos de aclarar posiciones, ha continuado fiel a esta ambigüedad provocando enfados y posturas encontradas.

El libro recoge la cautela de Gabo hacia Fidel y su silencio pertinaz frente a la actual situación de la isla pero no se da respuesta a tal comportamiento y quedan sin responder lo que tantos se preguntan: ¿es suficiente la amistad para no condenar los asesinatos políticos? ¿Por qué Márquez no denuncia lo que está sucediendo en Cuba? Lo cierto es que Castro se ha servido del autor de *Cien años de soledad* para difundir sus logros revolucionarios y lo cierto, también, es que Gabo, que siempre rechazó proposiciones para ser ministro, embajador o, incluso, presidente, no dudó en apoyar al líder revolucionario. Muchos hablan de que ésta es una amistad peligrosa que todavía oculta muchos datos. La verdad es que no parece muy convincente la conclusión a la que llegan los autores del libro cuando sostienen que todo el apoyo del escritor se justifica por la fascinación que

siente por el poder. Afirmación cierta como puede verificarse en sus novelas y como se desprende de la amistad de Márquez con otros dirigentes de izquierda. Sí queda demostrado que a raíz de la concesión del Nobel el escritor decidió usar la fama en sentido político y «ponerla al servicio de la revolución latinoamericana». Frente a la admiración que como escritor despierta resulta difícil digerir su vanidad desmedida, así como su insultante ingenuidad cuando sostiene que «en Cuba no hay torturas» y su presuntuosidad cuando no duda en afirmar que la mejor información sobre Cuba la tiene él.

El libro es desigual, en algunos capítulos innecesariamente prolijo, como la descripción de la fundación de la escuela de cine de San Antonio. Un relato que a pesar de ser excesivamente anecdótico, aclara parte de la extraña amistad entre dos iconos hispanoamericanos.

Palabra de América, Roberto Bolaño, Jorge Franco, Rodrigo Fresán, Santiago Gamboa, Gonzalo Garcés, Fernando Iwasaki, Mario Mendoza, Ignacio Padilla, Edmundo Paz Soldán, Cristina Rivera, Iván Thays y Jorge Volpi, Seix Barral, Barcelona, 2004, 236 pp.

Este libro recoge la opinión de 12 escritores, de origen geográfi-

co variado, «pero más de doce libros los representan», los más jóvenes de América Latina, que participaron en el Encuentro de Autores Latinoamericanos organizado por la editorial Seix Barral en julio de 2003 en Sevilla. Volumen interesante pues se convierte en una reflexión en torno a la aparición de una nueva generación de escritores surgida tras el *boom* (parece que después de éste la literatura latinoamericana pasó al olvido) con unos planteamientos literarios distintos a los de sus predecesores pero que reivindican una influencia común: la de Roberto Bolaño.

A partir de la constatación de que durante la segunda mitad del siglo XX ha habido continuidad entre tres generaciones de escritores latinoamericanos: la del *boom*, la de Bolaño y la de los nacidos en los años 60, los puntos de análisis de los ponentes y pertenecientes, además, a esta novísima generación, dejaron claro la defensa de su originalidad y peculiaridad, así como su desvinculación del *boom* de los 60 (algunos de ellos, como Roberto Bolaño, arremetieron contra García Márquez y Vargas Llosa, «escritores con *glamour*, millonarios y con relaciones sociales de alto nivel, que dicen sí al poder») y su necesidad de reafirmar su diversidad y rechazo de clichés. Estos escritores han dejado claro en este encuen-